

## CAPITULO IV

### LOS ARABES EN EGIPTO

#### I

#### EL EGIPTO EN EL MOMENTO DE INVADIRLO LOS ÁRABES

El estudio de los Arabes en Egipto tiene un interés importantísimo, por ser este país uno de aquellos donde más tiempo residieron, donde



Las palmeras de Gizeh.—De fotografía

gar á ser completamente Arabes. Así en Persia como en la India la civilización árabe se había mezclado con la antigua sin destruirla; pero en Egipto lo mismo la antigua civilización de los Faraones que la de los Griegos y Romanos, sobrepuesta á aquélla en un corto número de ciudades, desaparecieron del todo ante la nueva que crearon los discípulos del profeta.

El estudio de las obras plásticas de los Arabes en Egipto demostrará hasta qué alto punto fué completa dicha sustitución. En efecto, aunque el país estaba cubierto de numerosos monumentos antiguos, nada han tomado de ellos los Arabes.

fundaron uno de sus más poderosos imperios y donde su influencia fué más considerable. Nada más sorprendente que ver á estos descendientes de los antiguos Egipcios, que habían resistido á la tan poderosa influencia de los Griegos y Romanos, adoptar la civilización, religión y lengua de sus invasores, hasta el punto de lle-

En el concepto etnográfico el estudio de éstos en Egipto ofrece también un interés superior, como ya lo indicamos en otro capítulo, observando que á pesar de su cruzamiento, los dos pueblos no dieron origen á una raza intermedia, y que aunque los Egipcios fueron Arabes por la lengua, la religión y todos los elementos de la civilización, no llegaron á serlo por la sangre. El estricto parecido que todavía existe entre el fellah de las orillas del Nilo y las figuras de sus antepasados grabadas en los monumentos del tiempo de los Faraones, demuestra que la sangre de la antigua raza ha conservado todo su poder.

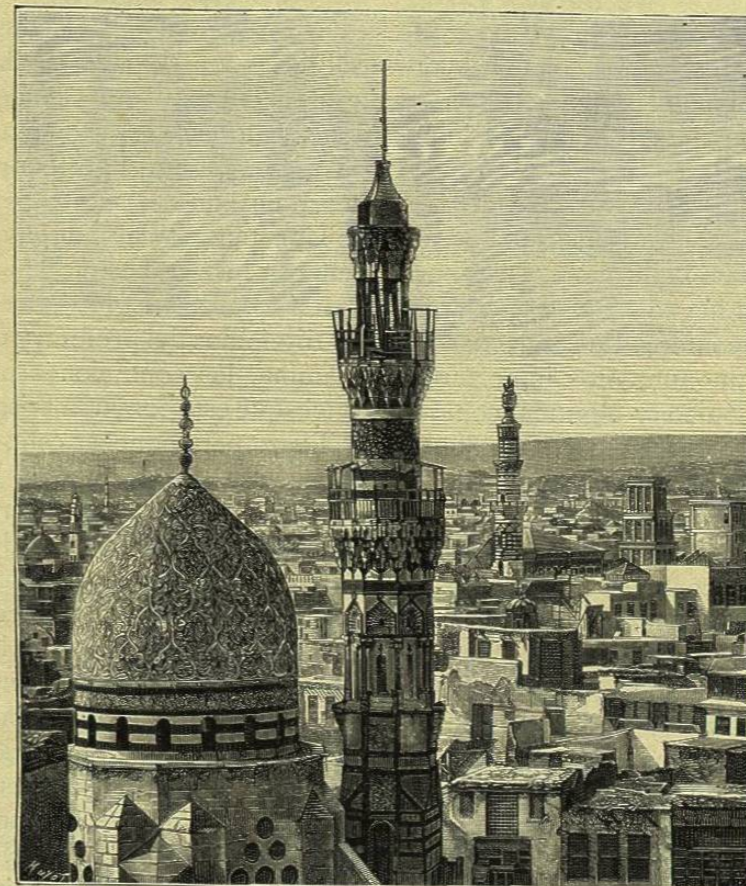
Al llegar á Egipto, los Arabes hallaron aquí unos centros y unas condiciones de existencia muy diferentes de las que habían conocido en Arabia y Siria; y todo fué nuevo para ellos, lo mismo la civilización y población que el suelo y el clima.

Para comprender las causas de la rapidez con que conquistaron y con que se asimilaron el Egipto, es indispensable dar una mirada á la

historia de esta comarca y á las condiciones particulares de vida que la distinguen.

Los estudios modernos no hacen subir á siete sino á ocho mil años ciertos monumentos del antiguo Egipto; y por mucho que haya podido remontarse el curso de la historia, siempre se ha hallado á este pueblo en posesión de una civilización adelantada.

Nada absolutamente conocemos de su origen,



Vista del Cairo, tomada de una fotografía.—En primer término se ve la mezquita de Kag-bey

excepto que aquella civilización fué del todo anterior á las que florecieron á orillas del Mediterráneo, y que ya existía en las del Nilo muchos siglos antes que los pueblos de Grecia fuesen á aprender de ella sus creencias y artes.

Cuando los trabajos modernos hicieron revivir al antiguo Egipto, se creyó al principio que nunca había cambiado. Pero un examen más prolijo de los monumentos producidos en diversas épocas, demostró que había seguido la ley común de la evolución de las cosas. Sin embargo, como su civilización es una de aquéllas que se han modificado con más lentitud, todo parece fijo y eterno en aquellos templos de pilones gigantescos; en aquellas pirámides que han desafiado á las edades; en sus momias

que se ríen de las leyes del tiempo, y hasta en sus instituciones sociales, que prohíben todo cambio, de cualquier género que sea.

Se comprenderá que un pueblo en posesión de semejantes dotes no podía sufrir fácilmente la influencia de señores extranjeros; y así, aunque los conquistadores se sucediesen, él continuaba invariable y los dejaba pasar. Los Griegos y los Romanos conquistaron el Egipto, pero unos y otros renunciaron espontáneamente á imponerle su influencia; y los monumentos, empezados por los Egipcios y continuados sin retoques de estilo bajo los Ptolomeos y los Césares, prueban cuánta vitalidad conservaba á través de las edades la antigua civilización.

Cuando los Arabes aparecieron en la escena

CAPILLA ALEONSIANA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

del mundo, Egipto era presa desde muchos siglos de diferentes conquistadores. Había sido invadido 332 años antes de J.-C. por Alejandro, quien echó de él á los Persas y fundó Alejandría; en 306 uno de los generales del conquistador, Ptolomeo Soter, se había proclamado rey de Egipto, fundando una dinastía que duró 274 años, y cuyo último soberano fué la célebre Cleopatra; el año 30 antes de J.-C., después de la batalla de Actium, en la cual Antonio y Cleopatra fueron vencidos por Octavio, Egipto pasó á ser provincia romana; finalmente, cuando se hizo la distribución del imperio romano, al morir Teodosio, en 395, correspondió al imperio de Oriente, en el cual se conservó hasta el 640 de J.-C., época de la invasión árabe.

Bajo los Ptolomeos continuó Egipto sus antiguas tradiciones y vivió con mucha prosperidad; Alejandría había llegado á ser un poderoso foco del movimiento comercial é intelectual; la arquitectura produjo monumentos importantes del mismo estilo faraónico, y algunos, como el de la isla Filae, todavía subsisten, probándonos, como antes lo hacíamos notar, que todos los nuevos conquistadores venían aceptando las tradiciones egipcias. Así es que fuera de las ciudades greco-romanas, como Alejandría, la influencia de todos estos señores, tan diferentes unos de otros, se dejó sentir muy débilmente.

Cuando el cristianismo fué la religión oficial de Constantinopla, el emperador Teodosio mandó derribar en 389 todos los templos y estatuas de los antiguos dioses de Egipto y todo lo que á éstos se refiriese. Pero los monumentos que estaban contruidos con bastante solidez para dificultar su cumplimiento, no perdieron más que sus inscripciones y figuras.

Todavía Egipto está cubierto de restos de esta fanática devastación, la cual fué uno de los más tristes actos de intolerancia y vandalismo que la historia ha conocido; siendo sensible reconocer que una de las primeras disposiciones de los propagadores de aquella nueva religión, que venía á reemplazar á los antiguos dioses de Grecia y Roma, había sido destruir monumentos que la mayor parte de los conquistadores habían respetado desde hacía cinco mil años.

Este acto de vandalismo tuvo luego por consecuencia el aniquilamiento de la civilización egipcia; perdióse rápidamente la ciencia de los jeroglíficos, y no volvió á descubrirse hasta nuestros días; y aunque Egipto tuvo que convertirse por fuerza al cristianismo, cayó en un

estado de decadencia que fué empeorando más y más cada día hasta la llegada de los Arabes.

Cuando el teniente del segundo sucesor de Mahoma acometió la empresa de conquistar este país, tenía Egipto por dueño al emperador de Constantinopla Heraclio; su situación era un cúmulo de miserias; y servía de campo de batalla á numerosas sectas cristianas, que pululaban excomulgándose unas á otras y dándose interminables combates.

Ensangrentado diariamente por las discordias religiosas y arruinado por las exacciones de los gobernadores, Egipto tenía un odio profundo á sus despreciables tiranos, y no podía menos de recibir como libertadores á aquellos que le arrancaban de las manos de los emperadores de Constantinopla. Tal es el papel que desempeñaron los Arabes.

Así estaba el Egipto en el momento de llegar los discípulos del profeta; y como nos falta ahora examinar las condiciones particulares de existencia que esta comarca posee, vamos á hacerlo.

Tanto para conocer estas condiciones de vida como para dar cuenta de los caracteres de la raza que habitaba la tierra de los Faraones, conviene que nos traslademos á orillas del Nilo. La tierra de Egipto es tan especial y tan idéntica á sí misma desde los tiempos históricos más antiguos, que la vida parece estar allí revestida de formas inmutables. Así es que describir el Egipto y las poblaciones del Nilo de hoy equivale á pintarlos tales como eran cuando llegaron los Arabes.

Nadie ignora que Egipto consta únicamente del estrecho valle que el Nilo forma en medio del desierto; y desde la primera catarata, ó sea desde la frontera de la Nubia, hasta el mar, esta lengua de tierra tiene una longitud de cerca de 200 leguas en línea recta, y de más de 300 siguiendo todos los contornos del río.

Estrechado en la parte superior hasta el punto de no alcanzar más que 5 kilómetros de latitud, el valle del Nilo alcanza desde 20 hasta 25 en la parte media, no desarrollándose como vasta llanura sino en la región donde el río está cerca de su desembocadura. Entonces se divide en dos ramales abiertos que toman la forma de una V, y entre ambos ramales se halla una llanura llamada Delta, á consecuencia de su parecido con la letra griega de este nombre. El triángulo que de este modo se forma mide cerca de 40 leguas en su mayor longitud, y más de 60 en su mayor latitud, ó sea del lado del mar.

La tierra de aluvi6n, que constituye el Egipto, es de grandísima fertilidad; de modo que le basta ser regada para quedar fecundada, y el Nilo, desbordándose, se encarga cada año de esta tarea. Un sistema de irrigación, sin duda contemporáneo de los primeros Faraones, permite llevar las aguas á todas las partes del territorio á donde el Nilo no llega por sí mismo.

Tan grande es la fertilidad de este maravilloso terreno, que en muchas partes produce tres cosechas anuales, sin que para obtenerlas sea necesario hacer más que un trabajo ligerísimo, pues casi nunca la tierra necesita ser arada para recibir la semilla de que la siembran. Por consiguiente produce mucho más que en cualquier otro país, dando en el trigo quince veces lo que se ha sembrado, mientras que en nuestras provincias francesas oscila tan sólo entre cuatro y diez veces (1).

Y como bajo el cálido clima de Egipto (2) la alimentación no necesita ser abundante, ni los vestidos de abrigo, ni las habitaciones bien cerradas, la vida allí no es costosa (3). Los alimentos del fellah se reducen á algunos pedazos de galleta plana, secada, y hecha de harina y agua, y junto con esto algunas frutas y legumbres. Su casa es una pobre cabaña hecha no más que del barro del Nilo, mezclado con paja, y su vestido se reduce á una gran camisa de tela azul. Aunque este vestido sea ya sencillísimo, los padres no lo dejan llevar á sus hijos, los cuales van desnudos hasta la edad de 14 á 16

(1) Según datos que muchos negociantes me han dado, en el Alto Egipto las tierras producen por término medio un 12 por 100 limpio; lo cual no impide que el precio de los cereales sea bastante bajo para que se tenga cierto interés en expedirlos á Inglaterra, aunque el precio del transporte excede á veces de un 30 por 100 de su valor.

(2) En el Alto Egipto casi nunca llueve, siendo la temperatura muy elevada, hasta en invierno. Yo he notado cotidianamente en noviembre y diciembre de 1882 la temperatura que al mediodía hacía entre Siut y Tebas, siendo el minimum del termómetro á la sombra de 19°4, y el maximum de 27°3.

(3) Lo ha sido siquiera hasta el día en que los Turcos y más tarde los Europeos han caído sobre el fellah, y después de no dejarle más que lo estrictamente necesario para impedirle morir de hambre, han empezado por fin á roerle esta misma partecica, que por cierto vale muy poco; de modo que hoy en día casi todos los labradores se ven obligados á vivir de yerbas. Es verdad que en cambio disfrutan de los progresos de la civilización, consistentes para ellos en saber que existe lejos, muy lejos, una ciudad riquísima llamada el Cairo, donde hay hermosas calles y vive gente riquísima. Aunque la población de las orillas del Nilo sea de una dulzura y resignación superiores á todo lo que podría imaginarse, ha recibido con una explosión de entusiasmo, fácil de comprenderse, el movimiento insurreccional reciente, que tenía por bandera la expulsión de todos los extranjeros. El fellah, á quien se hace trabajar sin descanso á palos, para enriquecer á los especuladores hacendistas turcos ó europeos, generalmente muy corrompidos, y el hindu, reducido á la más negra miseria por los nuevos señores de la India, deben de pensar á veces que las naciones civilizadas modernas llevan el arte de explotar á los pueblos que invaden hasta un extremo que llenaría de celos á los tiranos de aquellas antiguas edades de que la historia habla indignadamente.

años; cuya simplificación se extiende á veces hasta los mismos hombres, pues con frecuencia he hallado en el Alto Egipto, y particularmente en las fronteras de la Nubia, labradores cuyo único traje consistía en un cinturón de tela, de algunos centímetros de anchura, que llevaban ceñido. A pesar de que en nuestros días el coste de la vida ha subido mucho, el fellah no gasta más que de 70 á 120 francos anuales, según la categoría, é incluso el vestido. Raras veces el jornal del labrador egipcio excede de 50 céntimos de franco; y en Luxor, mi guía Achmet, que ya pertenecía á las filas algo elevadas de la población, me ha asegurado que vivía muy acomodadamente con su mujer y cuatro hijos, sin gastar más que 400 francos anuales.

Los procedimientos de cultivo y explotación han continuado siendo en Egipto lo que fueron en tiempo de los Faraones; pareciendo que no hay ninguna ventaja en modificarlos; pues los métodos más sabios de labranza serían inútiles en un país donde el Nilo y el sol dispensan de arar y abonar los campos.

La distribución, cada vez más perfeccionada, de las aguas del Nilo, por medio de canales, es lo único que quepa mejorar y lo único que sea útil hacer. En efecto, todas las partes de Egipto á las cuales pueda hacerse llegar las aguas del río quedarán sustraídas al desierto y dotadas de fertilidad, sin ningún otro trabajo.

Tan rica comarca debía producir viva impresión en los pueblos llegados de los desiertos de Arabia; y en efecto, las dos siguientes cartas, cambiadas entre Omar y su lugarteniente Amrú, demuestran hasta qué punto apreciaban aquella conquista.

*El Califa Omar, sucesor de Abu-Bekr, á Amrú, su lugarteniente.* «Amrú: lo que de tí deseo al recibir la presente, es que me des una descripción de Egipto bastante exacta para que yo pueda imaginar que veo con mis propios ojos esa hermosa tierra. Salud.»

*Respuesta de Amrú.*

«¡Oh príncipe de los fieles! Píntate á tí mismo un desierto árido y una campiña magnífica en medio de dos montañas, de las cuales la una tiene la forma de un montículo de arena y la otra la del vientre de un caballo flaco, ó bien de la espalda de un camello.

»Tal es el Egipto. Todas sus producciones y todas sus riquezas desde Isoar hasta Mancha (desde Assuan hasta las fronteras de Gaza) proceden de un río bendito que corre majestuosamente á través de él; verificándose con tanta

regularidad la crecida y la disminución de sus aguas, como el curso del sol y de la luna.

»Hay una época fija en que todos los manantiales del universo vienen á pagar á este rey de los ríos el tributo al cual la Providencia del universo los ha sometido respecto á él; y entonces las aguas suben, salen del cauce, y riegan la superficie del Egipto, depositando en ella un limo precioso.

»En esta época ya no existen comunicaciones de población á población sino por medio de barquillas ligeras, las cuales son tan innumerables como las hojas de la palmera.

»Así que llega el momento en que las aguas dejan de ser necesarias para la fertilización del suelo, aquel río vuelve dócilmente á los límites que el destino le ha prescrito, á fin de que se puedan recoger los tesoros que ha dejado en el seno de la tierra.

»Un pueblo protegido por el cielo, y que semejante á las abejas, no parece sino destinado á trabajar para los demás sin sacar ningún fruto de sus penas y trabajos, abre ligeramente las entrañas de la tierra, depositando en ellas las simientes de las cuales espera la prosperidad, con el auxilio de ese bienhechor Ser supremo que hace prosperar y madurar los sembrados; el gérmen se desarrolla, el tallo se levanta y la espiga se forma con el auxilio de un rocío benigno que suple á las lluvias y que conserva el jugo alimenticio de que el suelo se ha saturado.

»Después de la cosecha más abundante, sucede á veces una esterilidad repentina; y así es como, ¡oh príncipe de los fieles! el Egipto ofrece la imagen de un desierto árido y arenoso, de una llanura líquida y argentina, de una laguna cubierta de un limo negro y espeso, de una pradera verde y ondulante, de una era de flores variadísimas, y de un vasto campo lleno de cosechas amarillentas. ¡Bendito sea para siempre el nombre del Creador de tantas maravillas!

»Tres determinaciones contribuyen esencialmente á la prosperidad de Egipto y á la felicidad de sus hijos. La primera es no adoptar ningún proyecto que tienda á aumentar los impuestos; la segunda destinar la tercera parte de las contribuciones al aumento y conservación de los canales, diques y puentes, y la tercera no cobrar el impuesto sino en los mismos productos que la tierra da. Salud.»

Este río que constituye la fortuna de Egipto es también á veces causa de su miseria, pues cuando la inundación no llega á suficiente altu-

ra, sobreviene allí una hambre crudísima; y si la sequía dura muchos años, gran número de labradores no tienen más recurso que perecer de hambre. Los historiadores árabes nos han conservado la relación de una espantosa hambre sobrevénida en el 462 de la hégira (1069 de nuestra era), durante la dominación árabe. Por espacio de cinco años la crecida del Nilo fué insuficiente, y diversas guerras impidieron aportar trigo de otros países; siendo tan grande la penuria, que un huevo costaba 15 francos y un gato 45. Fueron primero devorados los diez mil caballos ó camellos del califa; y un día que el visir iba á la mezquita en una mula, fué derribado de ella y la mula devorada á sus mismas barbas. Ajusticiaron las autoridades á los autores de este atropello, pero la muchedumbre devoró esos cadáveres. Como el hambre continuaba, los habitantes se comían unos á otros; y toda mujer ó criatura que ponía los pies en la calle, era en seguida cogida y devorada viva, á pesar de sus alaridos. Durante mucho tiempo se enseñaba á una mujer que tuvo la suerte de ser arrancada de las manos de los famélicos cuando ya le habían comido una parte del cuerpo, y que tuvo la suerte de sobrevivir á semejante operación.

## II

### CONQUISTA DE EGIPTO POR LOS ÁRABES

Amrú, lugarteniente del califa Omar, penetró en Egipto el año 18 de la hégira (639 de J.-C.); y ya dijimos cuán hábil fué su conducta con los habitantes. En efecto, dejando á los Egipcios su religión, leyes y usos, no les pidió en cambio de la paz y de la protección que les aseguraba, sino un tributo de 15 francos anuales por cabeza, cuyas condiciones se apresuraron á aceptar; no habiendo más que la población compuesta de Griegos, es decir, los militares, los funcionarios y el clero, que rehusara someterse á los invasores. Refugiáronse pues aquéllos en Alejandría, y sostuvieron un sitio de catorce meses que costó la vida á veintitres mil Arabes.

A pesar de tan importantes pérdidas, Amrú se mostró indulgente con los habitantes de la gran ciudad, y no sólo les evitó todo acto de violencia sino que procuró ganarse su voluntad, escuchando todas sus reclamaciones y procurando satisfacerlas. Mandó reparar los diques y canales, y consagró importantes sumas á gran-

des obras públicas. En cuanto al pretendido incendio de la biblioteca de Alejandría, semejante vandalismo era tan impropio de las costumbres de los Arabes, que cabe preguntarse cómo tan disparatada leyenda ha podido hallar crédito durante tanto tiempo entre muchos escritores formales. No es necesario ya combatir semejante absurdo, después de la completa refuta-

ción que de él se ha hecho en nuestra época. En efecto, ha sido facilísimo demostrar por medio de citas muy claras, que mucho antes de los Arabes, los cristianos habían destruído los libros paganos de Alejandría con el mismo tesón con que habían destruído las estatuas, y por consiguiente que Amrú no quemó ni halló libros que quemar.



Santuario de la mezquita de Tulun

La toma de Alejandría era tan importante para los Arabes como la de Jerusalén, pues no sólo les aseguraba la conquista definitiva de Egipto, sino que ponía en sus manos un abundante manantial de riquezas, y les proporcionaba un sólido punto de apoyo para nuevas conquistas. Nada nos ayudará mejor á comprender la importancia de la toma de Alejandría y la resonancia que tuvo en el mundo, como una indicación, aunque sea breve, de lo que era esta ciudad en la época de la llegada de los Arabes á Egipto.

Desde que Alejandro la fundó 332 años antes de J.-C., hasta su conquista por Amrú, es

decir, durante un período de mil años, Alejandría había sido una de las primeras ciudades del mundo: centro del comercio del Mediterráneo, merecía tenérsela por la segunda ciudad de Oriente; siendo únicamente Constantinopla la que predominaba sobre ella. En tiempo de los Ptolomeos, Alejandría había atraído á los sabios y á los filósofos más renombrados del mundo; y poseía las escuelas y bibliotecas más famosas; sólo que esta prosperidad científica no duró mucho, y cuando los Romanos, capitaneados por César, desembarcaron en ella, 48 años antes de J.-C., hacía ya largo tiempo que la ciudad languidecía.